

**Estudios Sociales**  
**Vol. XXXII, Número 116**  
**Abril - Junio 1999**

---

**PEDRO HENRIQUEZ UREÑA HOY\***

**Andrés L. Mateo\*\***

Revisando la bibliografía abundante sobre la obra y el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña, me ha asaltado la angustiosa interrogación de saber qué es lo que podríamos considerar vigente de sus hallazgos esenciales, frente a la productividad de los nuevos significados del mundo posmoderno.

¿Por qué es pertinente este estudio sobre el gran trabajo filológico de uno de los humanistas más destacados del mundo americano?

Porque todo el desplazamiento del saber de Pedro Henríquez Ureña toca las manifestaciones dispersas del ser americano, en un determinado período de la historia, y las organiza. Su característica esencial es ésta: desplegar una escritura que lo cifra todo, que pasa inventario y juzga las realizaciones del arte y la literatura, y teje con el telón de fondo de la historia, el discurso de nuestra particularidad.

En su ensayo "Modernidad, Diáspora y construcción de identidades", el escritor Santiago Díaz Quiñones establece el carácter fundacional, respecto de la formación de la cultura hispanoameri-

---

\* Ponencia presentada en los Coloquios de la Feria Internacional del Libro, Santo Domingo 1999.

\*\* Filólogo. Premio Nacional de Novela y Ensayo.

cana, de la obra de Pedro Henríquez Ureña: “Esa concepción fuerte de la cultura hispánica, como sujeto de la historia y como objeto de estudio, le permitió construir lo que hoy llamaríamos un gran metatexto, uno de los grandes relatos que hacen posible un orden y una identidad integradora”- nos dice.

Y él lo afirma porque el concepto de Cultura hispanoamericana debe al trabajo de Pedro Henríquez Ureña muchos de sus fundamentos teóricos, de sus modelos, de la idea de su periodización y de su particularidad. Contrastándolo con lo que no era del viejo mundo europeo, todo lo que el saber de Pedro Henríquez Ureña tocaba se ordenaba en una sucesión temporal y se interpretaba, configurando un fundamento sobre el cual descansa la particularidad de la expresión americana.

Ese “gran relato” al que se refiere Díaz Quiñones bordó la idea misma de la cultura hispanoamericana, definiendo un campo y precisando su objeto. Historia, literatura, instituciones, pensamientos, luchas sociales, y todo cuanto integrara un denominador común para designar épocas, estudiar las manifestaciones culturales, establecer relaciones, privilegiar el estudio de los discursos de las elites culturales; giraron en torno a las categorías, los nombres y los textos, que Pedro Henríquez Ureña consagró o estableció.

No hay un solo investigador de la culturología hispanoamericana que no haya trabajado con el circuito de obras y escritores que él estableció, con la compleja madeja de acontecimientos sociales que ligó a la periodización de la cultura en el mundo americano, con las ideas del pasado que su capacidad moldeó como una propuesta coherente de la visión de nosotros mismos.

He revisado una numerosa bibliografía para organizar estas breves páginas, y si cuantificara la recurrencia de un término para resumir la característica fundamental del habla desplegada de Pedro Henríquez Ureña, diría que en lo que la gran diversidad de pareceres encuentra unanimidad, es en el poder de atribuirle a su pensamiento un valor de consagración, una fuerza canónica.

Autores tan disímiles entre sí como Enrique Anderson Imbert,

Jorge Luis Borges, Ana Pizarro, Alejandro losada, José Luis Martínez, Diony Durán, Enrique Krauze, Alfredo Roggiano, Ernesto Sábato, Alfonso Reyes, Amado Alonso, Margarita Dickman, Baldomero Sanín Cano, Leopoldo Zea, Juan Carlos Torchia, Alvaro Matute, Pedro Luis Barcia, Soledad Alvarez, y muchos otros, se convierten en una sola voz a la hora de contactar este designio canónico. Todos los modelos con los que Pedro Henríquez Ureña configuró sus paradigmas han saltado a ser estudiados por las universidades, encarnan las periodizaciones que en la práctica y crítica universitaria se manejan, y circulan como propuestas de investigaciones y debates de las indagaciones académicas.

Si algo no se discute en la culturología del mundo americano, es el hecho de que los aportes de Pedro Henríquez Ureña significan un marco totalizador y normativo, del cual es imposible, en apariencia, apartarse.

Como estas ideas no son sino una provocación, valdría la pena resumir en breves trazos los contenidos de ese marco totalizador:

Lo primero es la fundación de la idea de una cultura hispanoamericana integradora. Tanto en las configuraciones culturales, como en los estudios lingüísticos y literarios, la obsesión es fundacional.

Lo segundo sería el papel de la cultura, que en el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña es una fuerza determinante superior a lo social. De todo ese marco de "fe" en las manifestaciones de la cultura superior del mundo americano, que se desprende por ejemplo de su libro *"Seis ensayos en busca de nuestra expresión"*, se deriva un referente privilegiado, casi monológico, sobre el cual se edifica una genealogía de patricios espirituales que serán nuestro legado, nuestros clásicos.

Lo tercero es que esta idea de la cultura es vista como una concepción moderna que se opone al pasado, y en el centro de la cual el progreso empuja indefectiblemente hacia una unidad del mundo americano, tanto del desarrollo económico y social, como de la cultura entendida como "orden". Hay que apreciar, en este punto, que para la fundación del mundo americano Pedro

Henríquez Ureña se volcara sobre la herencia colonial, considerándola el fundamento de lo nacional americano, como ya han comprobado numerosos autores.

A grandes rasgos, estos son los mega relatos que enhebra Pedro Henríquez Ureña, alrededor de los cuales, de alguna manera, se ha organizado un discurso muy vasto sobre la cultura y la historia.

¿Pero qué se ha quebrado de ese orden ideal, de esa identidad integradora de un mundo hispanoamericano inextricablemente amarrado a una trama de la historia que es, al mismo tiempo, la aventura espiritual que lo creó?

¿No hay, en los nuevos significados que se levantan a partir del mundo posmoderno, un antagonismo insalvable entre la organización ideal de ese discurso que prefiguró nuestro ser, y las realidades de hoy?

Yo quisiera situar en algunos espacios de esa relectura, interrogantes que se validan desde las nuevas interpretaciones.

La idea, por ejemplo, de una cultura hispanoamericana integradora, cuyo fundamento hispánico se hegemoniza, atraviesa la duda metódica de la exclusión. Si se lee hoy el libro de Néstor García Canclini, *Culturas Híbridas*, se apreciará que la condición para que esa integración exista es la diversidad de sus fuentes. Es la multiplicidad étnica y cultural la base de esa integración. Tejida en el plano utópico, esa preeminencia de la hispanidad, cubría la violencia que silenciaba las otras culturas.

En el mundo de hoy, también, los esencialismos no reducen la complejidad de lo real. Lo que se privilegia es la alteridad en conflicto, lo múltiple. En Pedro Henríquez Ureña la idea de la unidad americana actuaba como una esencia, se desplegaba en el escenario de la historia ordenando lo real. No podemos olvidar que la filología es hija del historicismo alemán, y que en él la cultura es un discurso omnicomprensivo, fundador.

Ha cambiado, también, la concepción de la modernidad, que en Pedro Henríquez Ureña es casi angustia, recodificando los cri-

terios con los cuales se estudia, no solo a partir de los lugares de quienes la emiten, la comunican y la reelaboran, sino mirando, además, cómo se desenvuelve desde el lado de los receptores. Para García Canclini éste es un aspecto fundamental, que junto al papel y la situación de las culturas populares, definen el contenido de las relaciones en el llamado mundo posmoderno. Todos sabemos que en Pedro Henríquez Ureña la fundación del mundo americano se sustenta en la valoración de la cultura, lo cultural como lo mejor del hombre y la mujer, y que la idea del Estado encarna, en la medida en que el Estado es la realización material de la cultura. Pero las estratificaciones de la expresión cultural que él estudia son mayoritariamente, las pertenecientes a la alta cultura.

Lo que yo siento es que las totalidades orgánicas que Pedro Henríquez Ureña levantó, empujado por esas ansias de renovación que lo atravesaban, son hoy, todavía, una fuente importante para perfilar el sentido histórico del mundo americano. Y que esa tarea gigantesca a la que se enfrentó, recordando, ampliando, recuperando los materiales dispersos con que esa comunidad espiritual se expresaba, son la base para la construcción de los sistemas literarios en América Latina, el fundamento para otorgarle perfiles propios a nuestra aventura espiritual. Pero que en el universo de representación que construye el mundo posmoderno valdría la pena plantearse si muchos de sus postulados conservan vigencia.

Por ejemplo, a la luz de las nuevas ideas, sin descartarlos, Arcadio Díaz Quiñones considera todo su cuerpo teórico atravesado por una "ambivalencia constitutiva", y François Perus juzga que "esos grandes relatos se hallan abiertos al presente de la cultura en devenir y no pueden, por tanto, encerrarse en la circularidad del mito".

Y pienso, también, que esa relectura de los textos de Pedro Henríquez Ureña lo fortalecería, porque aunque algunas de sus ideas descansan en concepciones controvertibles de la historia y de la identidad hispanoamericana- como también dice François Perus- la diversidad de sus espacios, la multiplicidad de sus propuestas, no se agotan en el proyecto ideológico que los organizó.

Esa tensión que templó la concepción del mundo americano de Pedro Henríquez Ureña, es todavía apasionante y vívida. Quedan por averiguar y sistematizar en una perspectiva histórica abierta, cuáles de sus ideas no son ya representaciones de esas angustiosas relaciones del sujeto hispanoamericano con la universalidad.

